

REY

¡No, si mis brazos, estrechando el cerco
que he puesto á tu hermosura apetecida,
me acerco á ti...

MARÍA

¡Dejad!

REY

... á ti me acerco
¡y sólo entre los dos cabe la vida!

MARÍA

¡Llamaré gente!...

REY

Y si mi corte llega,
como á todos mis nobles he comprado
con las honras que en ellos he dejado,
¡para audacias del Rey mi corte es ciega!

MARÍA

¡Traición!

REY

No te oyen... Mirame: ¡soy fuerte
cuando quiero, también!... ¡Y tú más bella...

MARÍA

¡Dejadme!

REY

... en tu despecho soberano!

MARÍA

¡Traición!

REY

Gritas en vano.
¿Quién puede defenderte?
Todos sirven al Rey.

MARÍA

*(Logrando, por fin, sacar de su
corpiño la daga que arrebató á Es-
tebanillo, en el segundo acto, y es-
grimiéndola sobre su corazón, con
el brazo en alto:)*

¡Menos la muerte,
que es de Dios, y que Dios pone en mi mano!

REY

(Soltándola, horrorizado.)

¡María!

MARÍA

¡Y si avanzáis cuando me postro
á vuestros pies, á suplicar, inerte,
juro en Dios y en mi padre, que he de hacerme
cruz de sangre con ella sobre el rostro!

*(Apenas acaba de pronunciar es-
tas palabras estalla, al pie del ventan-
al rumor de voces y ruido de ace-
ros que se cruzan.)*

JUAN DEL SOTO

(Su voz, al pie del ventanal.)

¡Favor al Rey!...

REY

(Sobresalto y contrariedad al mismo tiempo.)

¿Quién es? ¿Quién me ha nombrado?

(A María, con sarcasmo desdeñoso.)

¿Guardaban tus espaldas, la Candado?

MARÍA

(Atenta á todo el ruido de fuera.)

Señor...

REY

¡Pero, esta vez, el alboroto no ha de dar fruto, aunque tan bien tramado!

JUAN DEL SOTO

(Su voz, ya en la casa.)

Paso hasta el Rey... ¡María!

MARÍA

(Con impetu desde la puerta grande.)

¡Juan del Soto!
¡Resiste hasta morir!... ¡Tu Rey te espera!

REY

(Con estupor.)

¡Juan del Soto!

(Resuelto, tomando una de las pistolas que habrá sobre la mesa.)

¡Sí, espero, y de manera que has de ver de qué modo á sus villanos castiga el Rey!

(Dispara al aire de la noche la pistola por la ventana, para dar aviso á su gente del peligro.)

¡Aquí los cortesanos!

MARÍA

(Descorriendo de un tirón la cortina de la gran puerta para dar paso á Juan del Soto, que entra riñendo con Heliche y Don Luis de Haro.)

¡Aquí Dios, y El decida de quién es esta noche la partida!

(Todos bajan las espadas viendo al Rey. Juan del Soto dobla sus rodillas, exclamando:)

JUAN DEL SOTO

¡Majestad!

OLIVARES

(Que entra, por el fondo, con un pelotón de gente armada, viendo al del Soto.)

¡El!

REY

(Sin mirar siquiera á Juan del Soto; no aparta sus ojos de la Comedian-

ta, hasta después de haber pronunciado unas palabras.)

Guzmán: ha penetrado
contra mi voluntad en mi seguro;
¡si ya en su propia casa no hay sagrado
para el Rey, el castigo ha de ser duro!
Dadle la recompensa que ha buscado,
y él acabe, á su gusto, entre palmadas:
que la horca es también dama de tablado.

JUAN DEL SOTO

¡Señor!

(El Rey hace intento de salir, despectivo, por la lateral derecha.)

OLIVARES

(Lanzando contra Juan del Soto á su gente.)

Y si resiste, ¡á cuchilladas
acabadle!

MARÍA

(Con un gesto; abrazándose á Juan del Soto para defenderle, dominando en su arranque la situación extrema.)

¡Y á mí con él, Privado!

(Una pausa; el Rey vuelve atrás, y á su pesar, sin poder dominarse, apostrofa.)

REY

¡María!

MARÍA

¡Pues falláis sin hacer juicio,
fuerza será morir con él, quien quiere
serviros; ya que él muere
por delitos de hacer vuestro servicio!

REY

(Al Conde-Duque.)

Deteneos...

(A la Candado.)

¿Me sirve con la espada?

MARÍA

¡Aún no aprendió lisonjas, cortesano!

REY

¿Llamó á mi puerta?

MARÍA

La encontró guardada.

REY

¡Presentárase humilde!

MARÍA

Es castellano.

OLIVARES

(Impaciente por terminar; intervinendo con acritud y energía.)

¡Decidan de él los jueces!

MAQUEDA

(Llegando en este momento, la espada desnuda, seguido de Villena y Estebanillo.)

¡Su justicia

recuso; que les vicia
la ambición y se dan en almoneda!

OLIVARES

¿Quién osa á tanto?

MAQUEDA

(Rompiendo por todos, para presentarse al de Guzmán.)

El Duque de Maqueda.

(Lleva en la mano unas llaves, que arrojará á los pies del Conde-Duque.)

Y á tanto osé, porque en el acto pruebo.
Son llaves de un mesón, donde hoy en día
prenden hombres de honor; el caso es nuevo;
pero la novedad da en villanía,
pensando que, al forzarle, el juez perjuro
que le prendió, pasó sobre el seguro
de unos sellos reales que traía.
Este es el atentado; y suerte ha sido
saberlo unas espadas
que, dando libertad al detenido,
volvieron por las leyes ultrajadas.

(Se inclina respetuosamente, saludando.)

Doy albricias al Rey y á vos, Valido.

OLIVARES

(Al Rey, por el preso.)

Yo le hablaré, señor.

REY

Yo hablo, Privado.

Juan del Soto, ¿quién sois?

JUAN DEL SOTO

Vuestro soldado.

REY

¿Vienes?

JUAN DEL SOTO

De Portugal.

OLIVARES

(Con manifiesta voluntad de impedir que hable Juan del Soto.)

Señor...

MARÍA

¡Teneos!

*(El tono y la actitud de la Canda-
do imponen silencio al favorito.)*

REY

¿De Portugal, dijiste?

JUAN DEL SOTO

Y de Embajada

que en estas letras dieron á mi espada.

REY

(Tomando de manos de Juan del Soto el pliego que guarda sin leer.)

Proveeré. Tú, en tanto, mis deseos
de hacer justicia lleva á la Duquesa.
Dí á los leales de aquel reino mío
que en lealtad alguna me confío
como en la de mi gente portuguesa;
y para que mañana esos vasallos
sepan de ti que el Rey no les olvida,
¡reventando caballos
toma hoy mismo la vuelta á toda brida!
Llegado allí, sabrás qué suerte espera
á quien forzó á su Rey de esta manera.

MARÍA

(Juntando sus manos suplicante.)

¡No, Majestad!

REY

(Ulacial.)

María la Candado,
hoy por hoy manda el Rey y es mi soldado.

JUAN DEL SOTO

¡Señor, dadme la muerte!
¡Pero ir por vos á Portugal no puedo!

REY

¿Te niegas á servirme, de esta suerte?

JUAN DEL SOTO

¡No me dejan que os sirva!

OLIVARES

¿Será el miedo?

REY

¡Mira que yo lo mando!

JUAN DEL SOTO

¡Y un siniestro
destino, en Portugal veda la entrada!

REY

¿Pues qué razón se opone á mi Embajada?

JUAN DEL SOTO

Una no más: ¡que Portugal no es vuestro!

(En el Rey y en todos los que le rodean estas palabras producen emoción vivísima y profunda; una exclamación de dolor sale de todas las bocas; únicamente el de Olivares logra dominarse y aparecer tranquilo.)

REY

Que Portugal...

JUAN DEL SOTO

(Desbordando la emoción que el respeto contenta.)

¡Señor el Rey! Dejaron
rasos los campos, el terreno enjuto,
secarse el árbol, descolgarse el fruto;
no habéis perdido un Reino: ¡os le robaron!
La gente vuestra, escasa; en hospitales
sucumbiendo, á sabidas del Tesoro,
de pestilencia y hambres...

MARÍA

¡Aquí, el oro
gastaba la lisonja en festivos!

JUAN DEL SOTO

Pidiendo inútilmente
gente vuesa virreina, armas la gente,
servían las banderas castellanas
de venda al brazo y de loriga al pecho.

MARÍA

¡Los arcabuces y las partesanas
guardaban vuestro lecho!

MAQUEDA

¡Rapacidad y olvido deshicieron
lo que dejaban hecho espada y lanza!

REY

¿Quién es... á quién mintieron
que es Rey, en Portugal?

JUAN DEL SOTO

Al de Braganza.

REY

*(Pasando su mirada vaga por el
memorial que le entregó Juan del
Soto.)*

Aún dió su regio sello la Duquesa
á este pliego.

JUAN DEL SOTO

Es el último que ha dado.

REY

Y, de su orden expresa,
¿quién te tuvo en prisión?

JUAN DEL SOTO

(Señalando, como si acusara.)

Vuestro Privado.

REY

¿Deçlais, Conde-Duque?

OLIVARES

Os felicito,

Majestad, por la nueva.
Nada más necesito
que tiempo y una leva;
con que os valdrá este caso haber ganado
los millones de un necio y su ducado.
Si el Duque de Braganza tornó loco
y os suplantó, señor, de su persona,
con buena gente ha de costaros poco

dar buena cuenta de él y su corona;
le echáis del Reino, retenéis sus bienes
y le arrancáis su título en rehenes.

REY

¡Bella palabra, siempre! Hablando, cuido
que ha de costarme daros al olvido.
Mas como es obra vuestra si he tardado
tanto, Guzmán, en conocer la nueva,
pienso que habréis dudado
ó de vos, ó del tiempo, ó de la leva.

OLIVARES

No es que dude, señor.

REY

Es la fatiga,
Conde; sé que estáis harto fatigado
y, porque no se diga
que os agobian las cargas de mi Estado,
lejos de tanta brega cortesana,
quiero que descanséis desde mañana.

OLIVARES

Mal perdí á Portugal, convengo en ello...

REY

¡Fué peor no guardallo que perdello!

OLIVARES

De que he sido injuriado
ya no dudo, señor; pero la injuria

que cambia al Rey no cambia á su criado,
y obedezco, señor, vuestro mandado
como si fuera justa vuestra furia.

(Un silencio de hielo; el Rey mira un instante al Conde-Duque. Luego vuelve sus ojos hacia la puerta grande y, sin decir palabra, espera. El Conde-Duque, haciendo acatamiento al Rey inmóvil, sale, dueño de sí, dominando su dolor y encontrando todavía el gesto que le haga en su salida más grande, que su propia humillación. Tuvo una mirada fría para el grupo que forman al fondo Estebanillo, Villena, Maqueda, Juan del Soto y María la Cándida. Los soldados continúan á la puerta del fondo. Luis de Haro, Heliche y los otros cortesanos rodean al Rey, solícitos, insistentes, aduladores.)

HELICHE

Rey...

DON LUIS DE HARO

Majestad...

REY

(Conteniéndoles con el gesto y la mirada.)

Señores cortesanos,
también yo estoy rendido; os doy mis manos.
Mañana... hoy, nace el día,

esperadme en Palacio
y trataremos de la rebeldía,
que, como es grave asunto, pide espacio.

(Al de Heliche.)

Llevaos esas armas; no las vea
más sirviéndome á mí, sino al Estado.

HELICHE

*(Encontrando una nueva forma de
lisonja, al besar la mano al Rey.)*

¡Ahora sois, Majestad, un Rey soldado!

REY

*(Mientras desaparecen por el fon-
do cortesanos y guardias.)*

Soy lo que hace de mí quien me rodea.

*(Maqueda y Malpica dan unos pa-
sos para el Rey.)*

MAQUEDA

Condición es, señor, de todo templo:
lo hacen sus fieles; mas les es ejemplo.

REY

*(Tiende al Duque su mano, que
éste besa; pasa luego Villena á ha-
cerle acatamiento. Estebanillo, tí-
midamente, avanza también.)*

Villena...

(Viendo á Estebanillo.)

¿Y tú, hidalguillo?

ESTEBANILLO

(Sin atreverse casi á hablar.)

Soy criado
del Duque de Maqueda.

MAQUEDA

Y se ha portado
en la algarada tan al modo mío,
que estuvo á ras del Duque en punto á brío.

REY

*(Tendiendo su mano á Esteba-
nillo.)*

Pues la espuela es buen premio... La Candado,
¿no piensas, de esta vez, que la ha ganado?

*(Maqueda, Villena y Estebanillo
van á salir por el fondo; María,
como si pretendiera seguirles, dice
tímidamente al Rey.)*

MARÍA

Nosotros...

REY

Esperad, que es mi derecho
dar, si di tanto al Reino, un poco al pecho.

*(Vuelve la Candado junto al de
Soto; el Rey da unos pasos hacia
el fondo; se cerciora de que se ale-
jaron Maqueda y los otros dos; lue-
go se vuelve hacia María y Juan del*

Soto. La máscara glacial del Rey se humaniza poco á poco. En silencio. acaba por sonreír dulcísísimamente á sus dos fieles servidores. El día tiñe en este momento de sus más finas luces sonrosadas el cielo de amanecer, que alcanza á verse por el ventanal.)

Juan del Soto, un nombre llevas
que no tengo de olvidar;
si las razones ignoras,
mis hechos te lo dirán.
Venme al lado.

JUAN DEL SOTO

(Acercándose, conmovido, por la emoción del Rey.)

Rey...

REY

María,
venme al lado.

MARÍA

Majestad.

REY

Vais á decir á las gentes
que perdimos Portugal.

MARÍA

¡No, que ganamos al Rey!

REY

(Sonriendo tristemente.)

Es menos.

MARÍA

Importa más.

REY

¡Pues bien, decidlo, y se sepa
cómo hicisteis cada cual
de esta noche de mi vida
la primera de reinar!

MARÍA

Gracias, señor Rey...

REY

María:

tu fiereza, donde está
todo el honor de mis reinos
con toda su lealtad;
Juan del Soto: la injusticia
que te maltrató al llegar
y tus palabras llorando
la muerte de Portugal,
valen el dolor de un Rey;
no es mucho si en mí lo halláis.

MARÍA

Poco somos.

JUAN DEL SOTO

Mas lo poco
que somos, codicia no hay

que lo embargue : todo es vuestro,
señor.

REY

No tuvimos más
los reyes, cuando en Castilla
comenzamos á reinar,
que una encina y vuestros hombros
para la silla real.
Juan del Soto, aquella tarde,
del año no pasará,
que, dando vuelta de Ocaña,
con mi gente, en su portal,
la casa de Antón Candado,
brindóme hospitalidad,
no te he visto, ó tú no estabas
á mis pies con los demás.

JUAN DEL SOTO

Aquella tarde era leva.

MARÍA

Y él os juraba, leal.

REY

Tú sí estabas... Tus palabras
ahora las vuelvo á escuchar.
Ya era hermosa, ya era buena,
¿la pudiste abandonar?

JUAN DEL SOTO

Vivir sin ella ó morir,
para mi pecho era igual.

REY

Juan del Soto, esta es la mano
de tu Rey : estréchala,
no la beses ; que uno al otro,
los dos nos hemos de honrar.
¡Yo te juro á fe de Rey
que no te olvidó jamás,
y pues lo jura el Rey, piensa
que sus razones tendrá!

*(Pone en las del Soto las manos
de María y con solemnidad añade:)*

Galardón grande os debía,
pero que os pago, mirad :
á vosotros, con vosotros ;
¡mejor no os puedo pagar!

(Van á salir Juan del Soto y María.)

¡María!

MARÍA

¡Señor!

REY

Si un día
volviera el Rey á buscar,
como antaño, el vaso de agua
de Castilla, en tu portal,
¿sin guardar rencor, tus manos
á escanciarlo volverán?

MARÍA

De rodillas, porque pruebas
de mi devoción tengáis,

yo os lo escanciaré, señor;
pero el agua amargará...
Amargará de mis lágrimas,
pensando cómo quedáis;
¡malhaya, amén, una Corte
que os condena á soledad!

(Descompuesta y amparándose en Juan del Soto, después de besar por última vez la mano del Rey, sale por la lateral. Queda solo y abandonado el Rey. Una pausa. Por entre las cortinas de la derecha, la cabecilla del Pertusato asoma, inspecciona y grita con ironía:)

PERTUSATO

¿No dió de sí la Beltraniella?
Por esta vez ¿gritó Castiella?

REY

(Mirando al enano, que penetra, á saltos, en la cámara.)

¡Pertusato!

(Por la otra puerta, y andando de puntillas, han penetrado Soplillo y Mari-Barbola. El Rey, viendo á Pietro Soplillo.)

¿Y tú?

SOPLILLO

(Inclinándose.)

Que espero
que mandéis á los bufones.

REY

Tornad á Palacio. Quiero
rezar hoy mis oraciones;
dispongan los almohadones
á donde hincar la rodilla;
digan misa en mi capilla
y enciendan los seis blandones...
Partid.

(Salen obedeciendo el Pertusato y Soplillo.)

Si en buena conciencia
bien hice, ¿á qué este dolor
que no lo sufrí mayor?
¿Es Dios? Es la penitencia.

(Griterío alegre en el jardín.)

¿Quién grita, Mari-Barbola?

MARI-BARBOLA

(Observando desde el ventanal.)

La gente deja la fiesta:
¡cuánta dama en la floresta!

REY

¡Y el alma mía, qué sola!

(Inclina la frente; la menta, oyendo suspirar al Rey, se acerca, asustada; después de mirarle fijamente, grita:)

MARI-BARBOLA

¡Lloráis, Majestad?... ¡Jamás

vi tanto, y no lo resisto!
¿Qué haré, señor?

REY

(Glacial.)

Callarás
y no dirás lo que has visto.

MARI-BARBOLA

Callaré... ¿mas qué hago, ahora,
yo que siempre os tuve ley?

REY

(Tendiéndole una mano, con infinita compasión y agradecimiento.)

¡Reza, pobre engendro, y llora
por los pecados del Rey!

(Felipe IV vuelve á inclinar su frente sobre el regio pecho en tormenta. La menina, á su lado, besa su mano llorando.)

TELON

APÉNDICES